



MARTA SANZ

De por qué la gente ya no lee poesía

Los poetas, que ahora han pasado a ser en su gran mayoría un gremio con el pelo echado hacia atrás y chorreante de gomina, un gremio acodado a una barra para pedir un gin tonic, que ocupa cargos ejecutivos en las instituciones públicas, se quejan de que la gente ya no lee poesía.

Lo dicen mientras buscan una oscura cita en un diccionario grecolatino y escriben un poema, mezcla de bárbaros y menstruaciones, de erudición y dulce vida, mirándose el ombligo con metáforas metalingüísticas y excluyentes, que se transforman, a ojos del lector, en un desfile de hormigas. Los poetas se han adaptado bien al escepticismo y la mística de los tiempos que corren, e invocan al poder funcional de la palabra dentro de un texto que sólo significa en sí mismo -animal hermafrodita que pasa las horas ejercitando la autofelación-, o como instrumento de introspección para el propio poeta, que, a su vez, tiene dos opciones: a) hablamos de sus legañas y de su nevera; b) entroncar con Rilke, Celán y Roland Barthes y sumergirse en el pozo de una endoliteratura que permite obviar la realidad y el vínculo entre palabra y mundo, entendido como historia colectiva. La asepsia psicologista y epistemológica de esta palabra poética posmoderna es ajena al lector: nadie coge un libro para cerciorarse de que el bello Narciso sigue mirándose contra el espejo de las aguas, reconociéndose,

mintiéndonos y aburiéndonos al pretender que creamos que lo suyo es un ejercicio de trascendencia y lo nuestro, pura ignorancia. Pensar que la palabra poética se funda a sí misma, desde la supuesta nada de esos que han hecho carrera últimamente con el gobierno del PP, es olvidar que poesía es palabra en el tiempo y que forzar la voz para declarar que se habla desde ningún sitio, que no hay fuera del texto, es un acto ideológico espurio y alienante ante el que no transigimos los que aún pensamos que la literatura y la vida están del mismo lado y que hablar, aunque sea del sexo de los ángeles y de las flores, implica un posicionamiento y un compromiso.

Cuando leo un libro de poesía quiero que me comuniquen algo, que me lo descubran o desnuden, algo que sea del poeta y mío, de lo que los dos compartimos como seres humanos. Me es indiferente que el poeta tanga ideas preconcebidas y busque las mejores palabras o que, buscando las mejores palabras, sea capaz de construir su discurso -aunque me declare bastante escéptica respecto a este segundo extremo-. Mientras tanto, los poetas se recrean en esa actividad pueril, definida por Ionesco, de dibujar un círculo y darle vueltas, de acariciarlo varias veces, apra que así se convierta en un círculo vicioso del que quedamos excluidos los curiosos lectores deseosos de una poesía viva e intelectualmente emocionante.



La Bambalina

CARLOS ALBA

Los cuentacuentos



Érase una vez

Gracias al éxito que han tenido en los últimos años los cuentacuentos para adultos (también llamados cuentos o narradores) muchos jóvenes se han acercado por primera vez, como espectadores, a un espectáculo escénico, por rudimentario que éste sea. El problema es que este acercamiento no suele llevarlos a un interés más amplio, ni por el teatro ni por los autores de las historias, ni por la literatura en general. Todo parece quedarse en un buen rato escuchando, cosas graciosas la mayoría de las veces, y tomando una cerveza. El hecho de que en España siga viva la tradición escénica medieval, callejera y juglaresca, ha contribuido a este auge, así como la cercanía que colectivamente todavía tenemos con lo popular.

Sin embargo los cuentos populares representan una mínima parte del material utilizado por los cuentacuentos. Los más contados son Cortázar, Benedetti, Millás, L. Calvino, G. Rodari o García Márquez, con lo cual nos topamos con uno de los peligros de los cuentacuentos: la divulgación y vulgarización de la literatura, como cuando se les leía los periódicos a las masas analfabetas (ahora hay mucho analfabeto que sabe leer). Del mismo

modo que un recopilador falsifica y rebaja calidad a los cuentos populares si los modifica con un criterio semiculto de adaptación a la norma oficial de la lengua española, también un cuentacuentos desvirtúa un relato escrito (no concebido para la oralidad) si se precipita a cortar, añadir, trivializar o exagerar su contenido y sus palabras. Y no hay que olvidar que el relato escrito pertenece a su autor, al que también hay que presuponerle un conocimiento más completo de su obra. Aquí nos encontramos con una de las carencias de los cuentacuentos; el amateurismo, la falta de preparación, ya que la adaptación de un relato literario requiere una dramaturgia; su puesta en escena, una práctica actuarial. La adaptación de las historias populares requiere otro proceso: llegar a recuperar la riqueza del habla de la que nació, contrapunto de la aparente simpleza argumental de estos cuentos.

El movimiento de los cuentacuentos es muy interesante como encrucijada de técnicas: la pantomima el canto, la creación literaria y dramaturgía, la palabra escénica... Casi todo es aprovechable. Es además un espacio ideal y cargado de actualidad para la crítica política. Pero la tradición medieval que domina aún nuestro subconsciente considera a los artistas de la palabra "bohemos", viajeros, "soñadores", "jipis" (imagen que los cuentacuentos se encargan a menudo de promover), y un poco mangantes, pero no como trabajadores. Sin embargo en las disciplinas artísticas, como en lo demás, la fuente de la riqueza es el trabajo. La inspiración y el talento se hunden en el fango de la chabacanería y el efectismo si no cuentan con la base sólida del trabajo.



"TV, TÚ"

PAU PERE

¿PÚBLICA?

Para ser razonables, hay que coincidir en que Televisión Española, "la mejor de España" cuando era la única, sólo podía haber llegado a ser verdaderamente pública una vez que se hubo verificado la posibilidad de existencia de las privadas, a finales de los años 80, al tiempo que se abría la puerta del Muro de Berlín, ése que nunca cayó. Pero como sucede con el rastro de los monopolios, antiguos o encubiertos, que han hecho que tantas viejas empresas estatales sigan siendo igualmente odiosas ya privatizadas. TVE continúa sin escapar de una caracterización que la convierte en algo así como la primera de las privadas si no fuera porque, a falta de ser ni remotamente pública no ha dejado de ser nunca la televisión del Estado. Así se comprueba en sus prioridades informativas, en su ventajismo político, en la inexistencia de una claridad audiovisual que la regule o, mejor, que la rij, sin si ser

pasto político de la mayoría de turno. Hablar de televisión pública ha sido siempre recurso de los sindicatos de la Casa, de la oposición o de cierta izquierda como forma de queja o de avergonzamiento ante lo que TVE hacía una y otra vez sin que le temblara el pulso, cuando no para esconder el puro corporativismo. Pero con ser horrible no es lo peor. El espejo señal del entretenimiento y la información, que con tan metódica precisión refleja un programa como "Gente" inmediatamente antes del telediario de la noche, nos señala una división perfecta, aunque transitoria: de un lado, el pueblo llano, sumo analfabeto, sujeto de los restos de la "España negra" y pábulos de los pobres sucesos; del otro, las celebridades, celebradas, coreadas, opulentas y a salvo. Arriba y abajo, como en la serie. Espectadores y protagonistas, a los primeros les queda, claro, el recurso de concursar.



En un minuto

ANTÓN K.

El deporte-espectáculo, siempre el deporte-espectáculo. Salimos saturados de goles y vulgaridad de la Eurocopa de fútbol con sus enfrentamientos patrióticos y sus banderas que todo y nada unen, nos damos un paseo en bicicleta por la dulce geografía francesa acompañados de esfuerzo, Cuqueiro y publicidad y venga, cuando tratamos de recuperarnos con ayuda del EPO, tamaño esfuerzo, este año nos comemos una de Olimpiadas australianas con diferencia horaria incluida. El Caudillo de las Españas Todas entendió, como tantos otros, la gloria y la utilidad del llamado deporte. El PSOE y el PP hicieron más de lo mismo. Ahora, en tiempos de decadencia moral e intelectual, el mercado juega el papel dirigente y nos somete a la dictadura de los cuerpos atléticos con sus mensajes sobre la belleza impuesta. Si aceptáramos la noble terminología hablaríamos de alienación. El personal se entretiene con cualquier cosa. El capital ha asesinado la imaginación. Incluso la catódica.